

VIOLONCHELO

Lic. Rubén Quinteros

Fue en casa del profesor Juan Manuel donde nos conocimos, nos presentaron y nos quedamos mudos, observándonos; acostumbrado a recurrir a las palabras traté de seducirte con algunos cumplidos pero no nos entendimos, mi ignorancia sobre la lengua que hablas fue el abismo. Pero ambos disfrutamos lo que escapa a las palabras; trémula mi mano se apoyó para acariciar la tersura de tu cuerpo, y tú –amablemente– me permitiste explorar cada una de tus curvas, de tus huecos. Perplejo ante tu ambigüedad (nombre masculino en formas de mujer), permanecí estático ante tu parda figura y tu cuello de ébano. Casi sin querer conocí tu voz al pasar, por descuido, sobre tu garganta mis dedos y cerré los ojos hasta que se apagó... mi alma sonreía dentro de mí. Pero pertenecías a otro que, seguramente, estaba más en condiciones de darte para lo que fuiste hecho, y me invadió la tristeza y también la esperanza de algún día ser merecedor de semejante privilegio. Dicen que el amor es una epifanía que siempre nos sorprende con las manos vacías pero con el corazón pleno. Desde entonces, en cada encuentro, traté de sobornarte con mi delicadeza, mis lisonjas; de conquistarte con mi entusiasmo, mi curiosidad, mi empeño. A veces creo que vamos a entendernos; otras, sufro la decepción de no poder disfrutar todo lo que –generosamente– me ofreces, debido a mi necesidad y entonces –para no caer– recurro a la certeza que me llevó a buscarte: eres lo que quiero. Traté de conocer

otros para olvidarte pero fue imposible. Tantas tardes juntos me acostumbraron a tu aroma a miel de arce, a tu melancólica voz, a tu desinteresado reposo entre mis piernas, a la dulce caricia del ébano de tu cuello rozando mi cuello.

No sé si fue la fortuna, mi insistencia o la renuncia de tu dueño (tal vez conmovido por mi devoción), lo que permitió que hoy estemos juntos: el amor se reserva esos misterios.